

*Breslau, miércoles, 1 de octubre de 1919,
a las nueve menos cuarto de la mañana*

El comisario de la policía criminal Heinrich Mühlhaus subía lentamente la escalera que conducía a la segunda planta del edificio de la Dirección General de Policía, en la Schuhbrücke 49. Cada vez que ponía un pie sobre un peldaño, apoyaba en él todo el peso de su cuerpo para asegurarse de que la arenisca del siglo XVIII con la que estaba construida la escalera no se resquebrajara bajo el tacón de sus lustrosos zapatos. Con gusto machacaría la vieja piedra para dejar el suelo lleno de polvo, y luego bajaría a echarle una bronca al ordenanza por haber descuidado la limpieza. De este modo postergaría el momento de entrar en su despacho: no tendría que mirar el rostro acongojado del secretario Von Gallasen, el gran calendario de pared repleto de anotaciones y con la imagen del recién inaugurado edificio de la Technische Hochschule, ni la fotografía de la confirmación de su hijo Jakob que descansaba enmarcada sobre el escritorio, pero, por encima de todo, se ahorraría la molesta y desagradable compañía del forense, el doctor Siegfried Lasarius, cuya llegada acababa de anunciar el recadero de la policía. Esta noticia era lo que le había agriado el humor. No le gustaba Lasarius, para quien los muertos eran mejores interlocutores que los vivos. Aquellos, a su vez, también lo apreciaban mucho, aunque, tumbados en las tinas de cemento del Instituto de

Medicina Forense y regados con los chorros de agua gélida que salían a borbotones de una manguera de goma, no le rieran las gracias. Una visita de Lasarius significaba, en el mejor de los casos, preguntas difíciles, y en el peor, graves problemas. Solo un rompecabezas interesante o un peligro eran capaces de sacar a aquel Caronte de sus dominios. El comisario quería creer que su presencia se debía a la primera eventualidad. Miró a su alrededor. No se le ocurrió ningún pretexto para retrasar aún más el encuentro con el huraño médico. Volvió a presionar un peldaño con el pie. La piel charolada de sus zapatos, en la que se reflejaban las hojas de bronce enroscadas alrededor de los barrotes de la barandilla y la estructura piramidal de la escalera, crujió ligeramente. Desde el patio le llegó un martilleo y una retahíla de imprecaciones sonoras. Mühlhaus echó una mirada por encima de una maceta de helechos mustios, de cuyo miserable estado se percataban enseguida todas las mujeres que ponían un pie en aquel mundo de hombres. Él, aunque no era mujer, también reparó en los tallos retorcidos que pedían agua a gritos. Con cara de enfado, dio la vuelta y se precipitó hacia la conserjería, pero no llegó a alcanzarla.

—¡Señor comisario! —oyó que decía la voz estentórea de Lasarius, que lo llamaba desde arriba.

Se detuvo y divisó la silueta oscura de su sombrero y los rizos ralos y sudorosos que adornaban su cráneo. Lasarius bajaba con paso majestuoso.

—Estaba impaciente por verlo.

—Solo son las nueve menos cinco. —Mühlhaus se sacó del bolsillo del chaleco el reloj de plata—. Doctor, ¿no puede esperar ni un segundo? ¿El asunto es tan importante que tenemos que discutirlo en la escalera?

—No vamos a discutir nada. —Lasarius abrió su cartera de piel y le entregó dos páginas encabezadas por el membrete «Informe de autopsia». Luego se abstrajo en la contemplación del patio, donde el ordenanza y un cochero hacían repicar los bidones de

queroseno al descargarlos del carro—. No diremos nada. Ni una palabra. A nadie.

—Y aún menos a Mock —añadió Mühlhaus tras leer rápidamente el informe. Y observó al cochero bigotudo que le iba pasando los bidones al ordenanza y que estaba tan orondo que los botones de su chaleco amenazaban con salir disparados—. Doctor Lasarius, ¿debo creer que sus fiambres no tienen nombre? ¿Por qué estos dos van de incógnito? Entiendo muy bien que usted no sepa cómo se llaman, pero en tal caso hay que bautizarlos de alguna manera. Incluso los animales de compañía tienen nombre.

—En mi profesión, señor comisario, no hay ninguna diferencia entre hombres y animales, a no ser que hablemos del tamaño del corazón o del hígado —gruñó el médico—. ¿Y en la suya?

—Los vamos a llamar... —El policía hizo caso omiso de la pregunta, mirando el furgón cargado de queroseno que lucía el letrero: «Artículos de alumbrado Salomon Beyer»—. Los vamos a llamar Alfred Salomon y Catarina Beyer.

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dijo Lasarius. Luego apoyó su cartera contra el pasamanos de la barandilla, anotó los apellidos en las columnas correspondientes e hizo la señal de la cruz sobre las hojas de papel.

—A nadie..., y aún menos a Mock —repitió Mühlhaus, pensativo, y le tendió la mano al médico—. En mi profesión tampoco hay diferencia entre hombres y animales. Pero sin nombres cuesta mantener en orden los ficheros.

*Breslau, miércoles, 1 de octubre de 1919,
a las nueve de la mañana.*

El asistente de la policía criminal Eberhard Mock salió con paso vacilante de la tabaquería de Affert situada en un zaguán oscuro del costado norte de la plaza Mayor. El sol de octubre paralizó el

iris nublado de sus ojos que, cada dos por tres, se ocultaban tras unos párpados hinchados. Dando bandazos, se apoyó contra la puerta del Ring-Theater y se puso unas gafas con cristales de color jalde. Todo a su alrededor se inundó con una luz clara potenciada por aquel binóculo alumbrante, obra de los ópticos de Jena. El corrosivo humo del tabaco se le metió entre los lentes y el blanco de los ojos surcado por unas venillas inyectadas de sangre. Mock se quedó casi sin respiración. Expulsó el humo e, instintivamente, se tapó los ojos con los dedos. Soltó un silbido de dolor: sus párpados eran un enredo de terminaciones nerviosas, y debajo de su piel húmeda se desplazaba una arenilla áspera. Casi a ciegas, se puso a caminar, apoyándose con una mano en el muro. Dobló hacia el Schmiedebrücke. Sintió deslizarse bajo la mano los cristales de los escaparates de la tienda de ropa para caballeros de Proskauer, y luego le agujonearon los ojos los destellos de los relojes de oro expuestos detrás de la luna de la joyería de Kühnel. Rozando las paredes rugosas del edificio de la Deutsche-Seefischhandels-Aktiengesellschaft, atravesó la Nadlerstrasse para dar finalmente con la puerta acristalada de la cafetería de Heymann.

Entró con paso tambaleante en el local, que a estas horas todavía estaba vacío y silencioso. En la sala principal, un mozo con un delantal blanco almidonado se ajetreaba colocando una encima de otra las sillas y las mesas y recogiendo hábilmente con una bayeta húmeda el polvo y la ceniza de los cigarrillos que cubría la madera y los manteles. Al ver al cliente matutino que tropezó y cayó directamente sobre una de las frágiles pirámides de muebles, le pasó sin querer la bayeta por la cara. Los anteojos de color jalde se balancearon colgados de la cadenilla. Mock perdió el equilibrio, y las sillas y las mesas, su punto de soporte. El mozo contempló asustado al grandullón de pelo moreno que se desplomaba sobre las patas erizadas y los respaldos curvados de las sillas, rompiéndolos con un estrépito infernal, mientras los manteles almidonados le sepultaban la cabeza. Motas minúsculas de polvo titi-

laron en el sol matutino de octubre. Un salero destapado aterrizó sobre la tupida melena de Mock y un reguero de sal se deslizó con un leve susurro por su mejilla. El asistente de la policía criminal cerró los ojos en el intento instintivo de protegerlos, pero así y todo notó un escozor cada vez más quemante. Se alegró, porque sabía que el dolor no le dejaría dormirse y le haría más efecto que las seis tazas de café cargado que se había tomado desde las cinco de la madrugada. En contra de lo que sospechaba el mozo del restaurante, en las venas de Mock no había ni un miligramo de alcohol. Mock llevaba cuatro días sin dormir y hacía todo lo posible para no rendirse al sueño.

*Breslau, miércoles, 1 de octubre de 1919,
a las nueve y cuarto de la mañana.*

A pesar de que la cafetería de Heymann todavía no estaba abierta, dos hombres permanecían sentados junto a una mesa, llevándose de vez en cuando a los labios sendas tazas de café humeante. Uno de ellos fumaba cigarrillo tras cigarrillo; el otro, apretando entre los dientes la boquilla de asta de su pipa, soltaba hebras de humo por las comisuras de la boca. El mozo del restaurante hacía todo lo posible para que el hombre moreno, que resultó ser un policía, olvidara el incidente de hacía unos instantes. Despejó los escombros del mobiliario hecho pedazos, le sirvió un café con leche, hizo traerle galletas de la vecina pastelería de S. Brunies como regalo de la casa y le ayudaba a introducir los cigarrillos en la boquilla en forma de pipa, pendiente de su más ínfimo deseo. En un momento dado, el hombre a quien había tratado con tan poca consideración se sacó del bolsillo interior de la americana unas hojas de papel dobladas y se las entregó al barbudo. Este las leyó sin dejar de soltar hongos de humo por su pipa. Su interlocutor se acercó un frasco a la nariz. Un fuerte olor a orina se propagó por encima

de la mesa. El mozo se refugió asqueado detrás de la barra. El barbudo leía detenidamente, y a medida que leía, sus facciones y los surcos de su rostro se componían en un signo de interrogación.

—Mock, ¿se puede saber por qué ha escrito usted esta declaración absurda para la prensa? ¿Y por qué me la muestra?

—Señor comisario, soy... —Mock tardó mucho en encontrar la palabra siguiente, como si hablara en un dialecto que no dominara demasiado bien—. Soy su leal subordinado. Y sé que si... que si algún periódico publica esto, estoy acabado. Sí, acabado. Seré expulsado del cuerpo de policía. Me quedaré sin trabajo. Por eso se lo comunico.

—¿Y qué espera de mí? —En la estela de luz que atravesaba las nubes de humo se veían claramente las partículas de saliva que se depositaban en la barba de Mühlhaus—. ¿Quiere que lo proteja de la expulsión?

—No sé lo que quiero —susurró Mock, temiendo que de un momento a otro se le cerrarían los ojos y se trasladaría al país de su infancia: a las montañas Planas, adonde su padre lo llevaba de excursión—. Igual que un soldado, informo a mi comandante de mi rendición.

—Usted es una de las personas que me gustaría tener en el nuevo departamento de homicidios —la saliva borbolló dentro de la boquilla de Mühlhaus—, un departamento sin imbéciles que destruyan las huellas del lugar del crimen o que le deban el puesto a su intachable hoja de servicios en el Ejército. Y también sin antiguos confidentes dispuestos a trabajar para dos bandos. No quiero perderlo por culpa de una desatinada declaración que pondrá en ridículo a toda la Dirección General de Policía. Usted lleva días sin pegar ojo. Si se ha vuelto loco, cosa que su declaración y su comportamiento parecen indicar, no me servirá de nada. Por eso tiene que contármelo todo punto por punto. Si se empeña en callar, daré por cierto que usted está loco y me iré, y si me cuenta patrañas, también me iré.

—Señor comisario —Mock dejó en la mesa el frasco de sales—, si me duermo, póngamelo debajo de la nariz. Me alegro de que no le afecte el tufo del amoníaco. Eh, tú —dijo, dirigiéndose al mozo—, ¿a qué hora abris esta pocilga? Tenemos tiempo, señor comisario —prosiguió al oír la respuesta del joven—. Y a ti no quiero verte por aquí. Vuelve a la hora de abrir.

El mozo salió corriendo del local, contento de liberar su nariz de aquella pestilencia. Mock apoyó los codos sobre la mesa, se puso las gafas alumbrantes y volvió la cara hacia la luz de sol que se vertía en la sala a través de las cortinas de encaje del ventanal. Se restregó los ojos y, soltando un resoplido de dolor, se dio una palmada en la frente. Debajo de los párpados le explotaron fuegos de arteificio. Sintió unos pinchazos en el rabillo de los ojos mientras su cigarrillo se extinguía poco a poco en el cenicero.

—Ya estoy bien. —Mock respiraba con dificultad—. No me dormiré. Ahora ya puedo contárselo todo. Como seguramente habrá adivinado, se trata de nuestro caso, del caso «de los cuatro marineros»...

*Breslau, lunes, 1 de septiembre de 1919,
a las siete y media de la tarde*

Mock abrió la pesada puerta de dos alas y se encontró casi a oscuras en un vestíbulo embaldosado. Avanzó despacio, sin intentar hacer callar siquiera el tintineo de las espuelas de sus botas. De pronto, tropezó con una antepuerta de terciopelo. La apartó y se adentró en otro vestíbulo. Era una sala de espera con puertas que conducían a varias habitaciones. Una de ellas estaba abierta, pero del marco colgaba otra cortina, parecida a la que acababa de obstruirle el paso. En una de las paredes de la sala de espera no había puertas, sino una ventana. Daba —a Mock no le costó nada adivinarlo— a un patio de luces. Fuera, sobre el alféizar, había una

lámpara de queroseno cuya luz mortecina penetraba a duras penas los cristales cubiertos de polvo. Aquella luz tenue le permitió divisar las siluetas de los que permanecían sentados en la sala de espera. Sin embargo, no le dio tiempo a examinarlas con más detalle, porque le volvió a llamar la atención la cortina del cuarto. Esta se agitó de pronto, y se oyó un suspiro al otro lado. Mock quiso acercarse, pero un hombre alto con sombrero de copa le cortó el paso, y cuando Mock intentó apartarlo, se quitó el sombrero, mostrando una maraña de cicatrices entrelazadas que reflejaban la luz pálida. En lugar de ojos, el hombre tenía un enredo de cicatrices.

Mock echó una ojeada a sus burdos contornos: a las oscuras manchas de humedad de la pared contigua a su cama. Se frotó los ojos y se volvió de espaldas. Los rayos de sol ofrecían un marco luminoso a la antepuerta que separaba el nicho donde dormía del resto del piso.

Detrás de la cortina se oía el ajetreo de su padre: los potes entrechocaban, las arandelas del fogón tintineaban, crepitaba el fuego y el pan crujía bajo el peso del cuchillo. Mock asió el jarro de lata que estaba al lado de la cama y se incorporó para no derramar agua mientras bebía. Inclino el jarro y el agua entró directamente en su cavidad bucal reseca y taponada por la rugosa lengua. Fluyó a chorro salpicando el camisón atado por debajo del cuello con las cintas tiesas de almidón. Las anillas herrumbrosas chirriaron al deslizarse por la barra metálica, y la cortina se separó, dejando entrar un haz de luz en el interior estadizo.

—Estás hecho un eccehomo. —Un hombre de mediana estatura sostenía entre sus dedos nudosos un pote desconchado.

Las facciones corroídas por el vapor de la cola de zapatero caliente, las manchas del hígado en su piel y los ojos grises hacían que Willibald Mock fuera el terror de los críos del vecindario. Pero Eberhard Mock no le tenía miedo a su padre. Ya hacía tiempo que había dejado de ser un crío. Tenía treinta años, un trozo de metra-

lla en el muslo, reuma, malos recuerdos y debilidad por el alcohol y por las mujeres pelirrojas. Y en aquel preciso momento, básicamente tenía resaca. Dejó el jarro debajo de la cama y entró en el cuarto inundado de sol que hacía las veces de cocina y de dormitorio de Willibald. Era allí donde, tiempo atrás, el difunto tío Eduard descuartizaba los terneros, reblandecía las tiernas lonchas de lomo y formaba bolas con el pegajoso hígado. Allí rellenaba las tripas que olían a humo de hoguera y luego colgaba las sartas de salchichas encima del mismo fogón en el que su hermano Willibald calentaba ahora la leche para el hijo aquejado de resaca.

—No bebas tanto. —El padre abandonó el nicho. Encima de sus labios estrechos se erizaba un bigote canoso—. Yo nunca me abandoné en el trabajo. Siempre me ponía con los zapatos a la misma hora. Mi martilleo en el taller era como el cucú de un reloj.

—Nunca llegaré a ser como usted, padre —dijo Mock demasiado alto. Se acercó a la palangana que estaba junto a la ventana y se roció la cara con agua. Luego abrió la ventana y colgó del clavo el cinturón de afilar la navaja—. Además, hoy tengo servicio más tarde.

—¡Vaya servicio! —Willibald forcejeaba con un frasco de medicina—. Hacer recuento de las putas y de los chulos. Deberías patrullar el barrio y ayudar a la gente.

—Déjame en paz, viejo chocho —dijo Mock. Había terminado de afilar la navaja y estaba enjabonando la tupida cerda de la brocha—. Mejor eso que pasarse la vida respirando catanga de pies.

—¿Qué has dicho? —El padre cascaba unos huevos encima de la sartén de hierro colado—. ¿Qué has dicho? Hablas por lo bajinis porque sabes que soy duro de oído.

—Nada. Hablo para mis adentros. —Mock recogió con la navaja la espuma de las mejillas.

El padre se sentó junto a la mesa respirando con dificultad. Colocó la sartén llena de una masa amarilla sobre la madera de

cortar el pan, sin olvidarse antes de recoger las migas a conciencia. Luego puso las rebanadas con manteca de cerdo una sobre otra, formó con ellas un montoncito rectangular e igualó los bordes para que no sobresaliera ninguna. Eberhard se secó los restos de espuma de la cara, se aplicó alumbre a las mejillas y al mentón, se puso la camiseta y se sentó a la mesa.

—¡Vaya manera de beber! —El padre despuntó con unas tijeras unos tallos de cebollino que crecían en una maceta, y esparció los trocitos sobre los huevos revueltos. Acto continuo, separó las rebanadas y las espolvoreó con una pizca de cebollino. Volvió a juntarlas y las envolvió en un papel vegetal manchado de grasa—. Yo jamás he cogido una curda, y tú lo haces día sí, día también. Acuérdate de traer de vuelta el papel. Mañana lo necesitaré para envolverte el bocadillo.

Mock se zampó con gusto la papilla de huevo semilíquida adornada con una pelambreira de cebollino, se levantó, introdujo la sartén en el artesón lleno de agua que estaba al lado del palanganero, se puso una camisa, le prendió el pequeño cuello rectangular y se anudó la corbata. Se encasquetó el bombín, se dirigió a un rincón y levantó la trampilla que había en el suelo. Bajó la escalera que conducía a la antigua carnicería. Se detuvo y barrió con la mirada las hileras de ganchos de las que, tiempo atrás, colgaban las mitades de cerdo, el mostrador bruñido, el escaparate reluciente y las baldosas del suelo ligeramente inclinadas hacia la rejilla del desagüe. El tío Eduard arrojaba en aquel desagüe la sangre todavía caliente de los animales.

Arriba se oían la respiración sibilante del padre y sus ataques de tos. Mock sintió el olor del café trasegado al termo. «Por un instante, el humo del café le debe de haber cortado la respiración —pensó—, o lo que le queda de ella después de haberse pasado media vida inhalando los efluvios de la cola de huesos.» Salíó haciendo sonar la campanilla de latón que colgaba del quicio de la puerta.

Willibald Mock observó a su hijo a través de la ventana. Este

salió al patio por la puerta trasera, saludó a la señora Bauer, la portera, captó la amable sonrisa que le mandaba desde la bomba de agua la criada del pastor Gerds, el inquilino del piso de cuatro habitaciones con vistas a la calle, ahuyentó a un gato callejero, aceleró el paso, saltó por encima de un charco, se desabrochó el pantalón maldiciendo los botones, forzó el herrumbroso canda-
do y entró en el pequeño cuartucho del rincón del patio.

El padre cerró la ventana y volvió a sus quehaceres. Lavó la sartén, el plato y el cazo de la leche, y limpió el hule clavado con chinchetas a la mesa. Luego se tomó las pastillas y descansó un rato sentado en su viejo balancín. Después entró en el nicho de Eberhard y contempló la ropa de cama hecha un revoltijo. Se inclinó para doblarla y su pie dio con el jarro. Lo derribó y el agua le entró en una de las zapatillas de piel.

—¡Recórcholis! —gritó dando una coz, con lo que la zapatilla fue a parar directamente a la cara de Eberhard, que acababa de cerrar tras de sí la trampilla del suelo. El padre cayó sobre la cama y se desató apresuradamente las ligas del calcetín. Se lo quitó y lo olió.

—No se ponga nervioso, padre —dijo Eberhard, sonriendo—. Ya no utilizo orinal y no lo tengo debajo de la cama. Es solo agua.

—Bueno, bueno... —gruñó el padre, luchando con el calcetín para volver a ponérselo. Seguía sentado sobre la cama del hijo—. ¿Para qué necesitas tener agua debajo de la cama? Ya lo sé. Cuando has agarrado una buena curda, te viene bien para la resaca. Bebes como un cosaco... ¿Por qué no te casas? Dejarías de beber...

—¿Sabe lo que le digo, padre? El vodka me ayuda. —Le acercó la zapatilla, se sentó junto a la mesa y vertió encima del hule unas briznas de tabaco rubio.

—¿En qué? —le preguntó el padre, sorprendido por el amigable tono de voz de Eberhard. Por regla general, sus comentarios sobre las borracheras y la soltería le provocaban ataques de ira.

—Me ayuda a dormir por la noche. —Eberhard encendió un cigarrillo y ordenó sobre la mesa los objetos que iba a meter en su cartera: el termo, los bocadillos de manteca de cerdo, la bolsita del tabaco y la carpeta de hule con los informes—. Le he dicho muchas veces que, si me acuesto sereno, tengo pesadillas, me despierto y luego no puedo conciliar el sueño. Prefiero tener resaca que pesadillas.

—¿Sabes qué es lo mejor para dormir? —Instintivamente se puso a hacer la cama—. Un vaso de leche caliente con manzanilla.

Alisó las sábanas y, de pronto, miró fijamente a su hijo.

—¿Siempre tienes pesadillas cuando te acuestas sereno?

—No siempre —contestó Eberhard con una sonrisa, mientras hacía chasquear los cierres de su cartera—. A veces sueño con una enfermera de Königsberg. Pelirroja y muy guapa.

—¿Has estado en Königsberg? No me lo has contado nunca. —El padre lo ayudó a introducir los robustos brazos en las mangas de la americana.

—Sí. Durante la guerra. —Eberhard se abanicó con el bombín y miró el reloj—. Nada importante. Hasta luego, padre.

Se dirigió hacia la trampilla del suelo. Detrás, quedaron los gruñidos del viejo:

—Menos darle al pimple y más leche caliente con manzanilla. Leche caliente con manzanilla.

En el hospital de la Divina Misericordia de Königsberg, el cadete de reemplazo Mock, ingresado con fracturas múltiples, tenía que tomarse un vaso de manzanilla antes de dormir. La hermosa enfermera pelirroja contemplaba con admiración las botas bien embetunadas y provistas de espuelas que permanecían al lado de la cama. Le daba el tratamiento de «oficial», ignorando que cualquier explorador del regimiento de artillería llevaba espuelas por la sencilla razón de que montaba a caballo. Lo titulaba así mientras le metía la tisana en la boca con una cucharilla. Herido en dos

ocasiones, el cadete Mock no tuvo fuerzas para explicarle que no era oficial. Le dio vergüenza admitir que no había aprobado el examen ni había hecho la instrucción pertinente, y que estaba en la guerra porque lo habían movilizado. Y también le faltó valor para preguntar cómo se llamaba su ángel. Ni siquiera tenía fuerzas para volver la cabeza y seguirla con la mirada. En su afán desesperado de ampliar el ángulo de visión, giraba con fervor los ojos. Por desgracia, éstos no captaban más imágenes que la de la bóveda neogótica del hospital de Königsberg. No alcanzaban a los soldados que yacían a su lado ni a Cornelius Rührtgard, el sanitario esbelto de pelo cano a quien el cadete Mock debía la vida. La enfermera pelirroja no se puso nunca más al alcance de su vista. Mucho más tarde, cuando ya podía andar con muletas y se enteró de que, a juzgar por las heridas, debió de haber caído de una altura considerable y de que el sanitario Rührtgard, otrora médico en Camerún, lo había encontrado, camino del trabajo, tendido en la Ronda de Lituania y lo había transportado rápidamente al hospital, donde le había vendado el tórax y los pulmones perforados por fragmentos de costillas, se lanzó en busca de la enfermera pelirroja. Cojeando y haciendo repiquetear las muletas contra las baldosas de arenisca, encontró una falta de comprensión total y absoluta. Las enfermeras se impacientaban al oír por enésima vez la descripción de una supuesta compañera de trabajo en boca de un convaleciente con fracturas múltiples que las miraba profundamente a los ojos e intentaba captar el olor de sus cuerpos. Los porteros y los celadores meneaban la cabeza y, cuando contaba lo de las humeantes tazas de manzanilla, alguno que otro hacía incluso el elocuente gesto del tornillo. Finalmente, el doctor Rührtgard, degradado a sanitario, tuvo que informar al paciente de que la enfermera pelirroja podía ser producto de una alucinación, sobre todo teniendo en cuenta que las alucinaciones eran habituales entre la gente que llegaba al hospital de la Divina Misericordia en el estado en que había ingresado el cadete Mock. Porque Mock

había ingresado inconsciente. Y no por la caída desde una altura considerable, sino por ingesta de alcohol.

Eberhard Mock bajó a la antigua carnicería del tío Eduard.

—Leche caliente con manzanilla. Se lo merece, por beber tanto —le llegaba desde lo alto la voz del padre, el gran experto en remedios contra todos los males de su vástago.

Eberhard oyó a alguien golpetear el alféizar de la ventana de la habitación de arriba. «Debe de ser el cretino de Dosche con su asqueroso chucho —pensó—. Ese maldito perro volverá a cagarse en la escalera recién encerada, y Dosche se pasará el santo día jugando al ajedrez con mi padre.»

Los huevos revueltos con cebollino le molestaban como un pelo pegado a la garganta. «Leche caliente con manzanilla. Bebes como un cosaco.» Mock volvió sobre sus pasos y subió la escalera. Su cabeza asomó ligeramente por encima del suelo. El alféizar resonaba con insistencia. El padre se acercó a la ventana a la pata coja; del pie le colgaba un calcetín zurcido un sinfín de veces.

—¡Padre! —se desgañitó Eberhard—. ¿No puede entender algo tan simple como que la leche con manzanilla no me va a hacer maldito efecto? ¡No tengo problemas para dormirme! ¡El problema son las pesadillas!

Willibald miró a su hijo sin entender nada. Este había emergido por encima del suelo hasta la cintura. Apretaba los puños. La resaca zumbaba en su cabeza como el océano. «Leche caliente con manzanilla.» El padre se puso pálido. No despegó los labios.

—Y dígame a ese ajedrecista de mierda que no ponga los pies aquí con su chucho y que no aporree el alféizar, porque se las tendrá que ver conmigo. —Las piernas de Eberhard habían salido también a la superficie.

Sin mirar al padre, se acercó a la palangana, se puso de rodillas, se quitó el bombín y se echó varios cazos de agua por encima del pelo ondulado. A través del ruido del agua que le entraba por las orejas oyó la voz del padre:

—El que golpea el alféizar con un palo no es Dosche. Alguien te anda buscando.

Eberhard se inclinó ante el viejo y le subió el calcetín.

*Breslau, lunes, 1 de septiembre de 1919,
a las ocho de la mañana*

Kurt Smolorz no llevaba mucho tiempo trabajando a las órdenes de Mock en la Brigada Antivicio III b de la Dirección de Policía de Breslau. Había ido a parar allí directamente desde las calles de Bork, aunque nadie sabía muy bien por qué las patrullaba si aquel hermoso barrio residencial contiguo al parque del Sur tenía tanto que ver con la delincuencia como el agente Smolorz con la poesía. Sin embargo, fue en aquel lugar donde, un hermoso día del año 1918, el agente había plantado cara a un grupo de criminales peligrosos buscados por las policías de toda Europa. Aquel fue su día de suerte. El mismo día, el asistente Eberhard Mock hacía un control rutinario en el lujoso prostíbulo de la Akazienallee. Tenía la costumbre de unir lo útil con lo agradable. Después de revisar los libros de contabilidad y los carnés sanitarios y tras interrogar a la patrona acerca de los clientes más excéntricos, preguntó por su dama preferida, que, como iba a descubrir, junto con otras dos empleadas, estaba haciendo pasar un buen rato a dos —al llegar a este punto, la patrona soltó un suspiro— caballeros muy solventes.

Intrigado por la configuración «dos más tres», Mock fisgó a través de la mirilla secreta el interior de la llamada habitación rosa y lo que vio lo dejó pasmado. Salió corriendo a la calle, y allí dio con el cabo pelirrojo que, blandiendo el sable con un gesto amenazador, zarandeaba a un rapazuelo que acababa de disparar con un tirachinas contra los coches de punto. Siguiendo las órdenes del asistente Mock, el cabo Smolorz castigó al gamberro con un

sonoro mamporro y lo soltó. Luego, irrumpieron juntos en la habitación rosa del establecimiento de *madame* Blaschke y, resregándose los ojos al ver aquella composición de cuerpos complicada y estrambótica, Smolorz arrestó a los dos hombres, que resultaron ser Kurt Wirth y su guardaespaldas Hans Zupitza, los precursores europeos del arte de la extorsión y del chantaje. Aquel día muchas cosas cambiaron en la vida de los protagonistas del incidente. Se crearon entre ellos unos vínculos de dependencia duraderos: Wirth se convirtió en informador de Mock, y este le devolvía los favores con creces, cerrando los ojos ante la extorsión de los matuteros del río Oder que pasaban de contrabando armas austriacas, café turco y tabaco. Mock llegó a ser un hombre acaudalado e influyente en los círculos del hampa, lo cual iba a resultarle muy útil, mientras que Smolorz ascendió de pies planos a agente de la Dirección de Policía y, a semejanza del resto de las *dramatis personae*, disponía de una cuantiosa cuenta bancaria bien provista de divisas, con las que los criminales más buscados de Europa compraban su libertad. Mock descubrió pronto las virtudes de Smolorz, que lo convertían en un colaborador ideal. La más importante era su taciturnidad.

Ahora Smolorz tampoco decía nada. Al lado de Mock, ocupaba el asiento de la motora de la *Wasserpolizei* pilotada por un contramaestre uniformado, un funcionario de esta sección. Navegaban por los marjales poco profundos del Ohlau, entre los escasos árboles y los campos de cultivo parcialmente inundados. La motora atracó en un embarcadero provisional, al borde de un camino adoquinado.

—¡Neuhaus! —gritó el contramaestre, y ayudó a Smolorz y a Mock a encaramarse al muelle.

En el camino les esperaba un coche de punto. Mock reconoció al cochero, que a menudo prestaba sus servicios a la policía. Le tendió la mano y se dejó caer en el asiento acolchado haciendo bascular el vehículo. Smolorz se sentó en el pescante. El coche de

punto arrancó. Para olvidar la sed que lo atormentaba, Mock se distrajo contemplando las construcciones agrícolas de Neuhaus. Desde la hacienda Schwentnig, que estaba a dos kilómetros, llegaban los mugidos de las reses. En el aire soleado flotaba el olor a humedad que desprendía el Oder. Al cabo de un rato habían llegado a la esclusa de Ottwitz. Se apearon del coche y atravesaron la esclusa para dirigirse a la isla de Ottwitz.

Cerca de la presa de Ottwitz, Mock divisó entre la maraña de arbustos espinosos el objetivo de su peregrinación por los marjales del Oder y del Ohlau, uno de sus afluentes. La peligrosa cascada que brotaba al pie de la presa cortaba el paso a los mirones que se agolpaban en la orilla de Bischofswalde para descubrir qué había encontrado la policía en la isla donde hasta ayer mismo se celebraban picnics profusamente regados con cerveza. Solo los brazos robustos y las miradas amenazadoras de tres gendarmes armados de sables y tocados con gorras adornadas con una estrella azul les impedían irrumpir en la esclusa. En su pecho brillaban unas placas con la inscripción: «Puesto de gendarmería. Schwoitsch». Mock miró con nostalgia el esbelto edificio neogótico que se erigía en el terreno del embarcadero del Emperador Guillermo y recordó las juergas nocturnas que se había corrido no mucho tiempo atrás. Pero aquel día acudía a las afueras de Breslau para atender necesidades de otra índole. Miró la orilla poblada de endrinos espinosos y los cuatro —adivinó la cantidad— cuerpos amontonados y cubiertos con las sábanas grises del Instituto de Medicina Forense que formaban parte del equipamiento habitual de los coches de caballos y de los primeros automóviles de la Dirección de Policía. En el lugar había siete técnicos de la policía, cinco de los cuales examinaban el terreno alrededor de los cadáveres. Acuclillados, registraban centímetro a centímetro la hierba mojada y la tierra grasienta que se les pegaba a los tacones de los zapatos. Tras examinar un cuadrado de terreno, trasladaban jadeando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra y, siempre en

cucullas, proseguían con su búsqueda. A pesar del relente matutino, todos estaban en mangas de camisa. Iban tocados con bombines, por debajo de los cuales el sudor les caía a chorros sobre el bigote. Uno de ellos, que por lo visto dudaba de la exactitud de las técnicas fotográficas, dibujó la huella de un zapato estampada en la tierra húmeda. Dos policías que, a diferencia de los técnicos, llevaban americana permanecían de pie en la barcaza policial atracada en la orilla e interrogaban a dos adolescentes vestidos con el uniforme de la escuela popular que temblaban de frío y de nervios a partes iguales. Uno de los policías hizo un gesto con la mano para indicar a Mock y a Smolorz el cuadrado de tierra señalado con banderillas donde yacían los cadáveres cubiertos con sábanas. El hombre que les dio esta orden silenciosa era su jefe, el consejero de la policía criminal Josef Illsheimer, director de la Brigada Antivicio. El terreno en cuestión ya había sido examinado.

Mock y Smolorz lo saludaron levantando el bombín y se adentraron en el sector acotado. Illsheimer se dirigió hacia ellos. Levantaba mucho los pies y se movía a gran velocidad. Mock tuvo la sensación de que su jefe iba a efectuar un salto de altura para caer pesadamente sobre las sábanas, pero, en contra de sus temores, se detuvo al lado de los cuerpos. Se inclinó y dio un tirón a la tela. En un primer momento, Mock no logró orientarse en la maraña de extremidades tías y lívidas que el rigor mortis había anquilosado. Delante de sus ojos se desplegó una imagen muy peculiar, como si alguien hubiese amontonado leña para encender una hoguera. Solo que, en lugar de tarugos y ramas secas, había cuatro troncos humanos, cuyas cabezas, piernas y brazos sobresalían formando distintos ángulos. Además, aquellos miembros mantenían diversas relaciones mutuas: un pie asomaba por debajo de una axila, una rodilla se erigía por encima de una clavícula y un brazo aparecía entre unas pantorrillas. Los huesos habían perforado la piel de los muertos en varios lugares, y las astillas puntiagudas que erizaban la superficie de los cuerpos se perdían entre tume-

facciones amoratadas. Mock buscó desesperadamente una cabeza para poder dotar de un eje vertical y otro horizontal a aquellos miembros humanos extrañamente retorcidos. Por fin distinguió una. Gracias a una barba tupida, la identificó como perteneciente a un individuo de sexo masculino. Por debajo de un gorro de marinero, largos mechones engominados caían sobre la cara del muerto, y una barba dura y ensortijada poblaba su mandíbula y su labio superior. La pelambreira estaba apelmazada por una mezcla de coágulos parduzcos y de un humor acuoso. La fuente de aquellos derrames eran las cuencas de los ojos, dos lagos sin vida llenos de sangre y jirones de los globos oculares.

Cuando Mock tenía resaca, le asqueaban muchas cosas. Si comía sofrito de cebolla, el ligero olor a chamusquina no lo abandonaba durante todo el día; el penetrante hedor a caballo o, aún peor, a hombre sudado, le traía a la mente asociaciones con las cloacas y le provocaba seísmos en los intestinos; un escupitajo que colgaba de la reja de una ventana aceleraba las reacciones de su estómago castigado por el alcohol. Para que Mock pudiera funcionar mínimamente con resaca, había que dejarlo a solas sobre su yacija, aislado de todo tipo de estímulos. Pero aquel día el mundo no tenía piedad. Al contemplar las greñas ensangrentadas que se desparramaban por debajo del gorro de marinero, las vedijas de la barba, el pelo ralo del torso y el vello púbico que sobresalía del saquito de cuero que ocultaba los genitales de la víctima, Mock sintió aquella pelusa en la garganta y empezó a respirar profundamente. Con la mirada fija en el cielo despejado de septiembre, expulsaba por la boca los agrios miasmas de la resaca, el irritante olor del cebollino y el tufo dulzón de los huevos revueltos. Jadeaba aceleradamente con la cabeza inclinada hacia atrás. Sintió que perdía el equilibrio. Se estremeció y faltó poco para que derribara a Smolorz, que estaba detrás de él con un pie levantado, limpiándose con el pañuelo el botín embadurnado de tierra. Smolorz se apartó, y Mock se sentó sobre la hierba húmeda. Lue-

go, aún ocupado con la punta de su botín que seguía tan sucia como antes, Smolorz no le ayudó a levantarse. Aquel día el mundo no sonreía a Mock, el mundo no tenía piedad de él.

Ilssheimer meneó la cabeza y clavó la mirada en el embarcadero del Emperador Guillermo, de donde zarpaba un pequeño vapor. Los investigadores ya habían recogido las huellas. Se bajaron las mangas de la camisa, se pusieron la americana y permanecieron echando bocanadas de humo en un aire saturado de olor a rocío. En la otra orilla se detuvo un gran furgón, del que bajaron ocho camilleros con delantales de cuero. Detrás de ellos y dando un salto ágil, se apeó un cuarentón con una bata de médico atada debajo del cuello y un sombrero de copa que apenas le cubría la coronilla. Empezó a dar órdenes con una voz enronquecida por el abuso del tabaco. Los camilleros se sumergieron en la multitud, abriendo paso a su jefe y usando las angarillas plegadas a modo de lanza para romper las filas cerradas de mirones. En pocos instantes, la esclusa se llenó de empleados del Instituto de Medicina Forense. Avanzaban con prudencia, aferrándose a la cuerda extendida a lo largo de la presa. Por el lado desprotegido de la esclusa, el agua salía a borbotones formando torbellinos cónicos de espuma montada a punto de nieve. El policía que junto con Ilssheimer había interrogado a los dos alumnos de la escuela popular cerró su agenda y deslizó una mirada imperiosa por los rostros de la concurrencia. Con un leve gesto de su mano izquierda, mandó a los interrogados subir a bordo de la barcaza amarrada en el embarcadero, mientras con la derecha ayudaba al hombre del sombrero de copa a bajar de la esclusa.

—¡Buenos días, doctor Lasarius! —exclamó. Dicho esto, levantó los brazos y gritó con voz estentórea a los agentes de policía—: ¡Señores, silencio, por favor!

Y su mirada abarcó también a los técnicos y a los camilleros.

Los técnicos apagaron los cigarrillos hundiéndolos en la tierra con la punta del zapato, los escolares se escabulleron entre las

piernas de los camilleros, el doctor Lasarius se quitó el sombrero de copa y procedió al examen de los cadáveres hurgando entre las extremidades rotas, sus acólitos se apoyaron en las angarillas como alabarderos, Smolorz se sacudió el barro de los pantalones y Mock se inclinó al oído de Illsheimer para preguntarle:

—Señor consejero, ¿quién es este hombre?

—Soy el comisario Heinrich Mühlhaus —dijo el policía que estaba al mando, como si hubiera oído la pregunta de Mock—. Acabo de ser nombrado jefe del Departamento de Homicidios. Me han trasladado de Hamburgo, donde ocupaba el mismo cargo. Y ahora, *ad rem*. Hoy, a las siete y media de la mañana, dos alumnos de la escuela popular —Mühlhaus iba al grano— han venido a la esclusa a fumar. Han encontrado los cuerpos de cuatro hombres. Dos yacían en el suelo, y los dos restantes estaban encima.

El policía se acercó a los cadáveres y utilizó su bastón a modo de puntero.

—Como ustedes pueden apreciar, los difuntos están colocados de una forma muy irregular. Donde uno tiene la cabeza, otro tiene las piernas. Todos están casi desnudos. —Su bastón hacía piruetas—. No llevan más que gorros de marinero y unos saquitos de cuero en los genitales. Esta extraña indumentaria es la razón por la que he pedido la colaboración de la Brigada III b de la Dirección de Policía. Tenemos entre nosotros a su jefe, el consejero Illsheimer —Mühlhaus miró a su colega con respeto—, y a dos de sus mejores hombres, el asistente Eberhard Mock y el cabo Kurt Smolorz. —Al pronunciar el adjetivo «mejores», en su voz resonó la duda—. Señores, a las doce en punto, reunión en mi despacho. A esta hora ya tendremos los resultados de la autopsia. Por mi parte, esto es todo. Su turno, doctor Lasarius.

El doctor Lasarius había terminado el examen somero de los cadáveres. Se quitó el sombrero de copa, se secó la frente con los dedos con los que acababa de tocar los cuerpos, metió la mano

debajo de la bata y después de una larga búsqueda se sacó un puro a medio fumar. Aceptó lumbre de uno de los camilleros y, finalmente, la concurrencia pudo oír su voz irónica.

—Agradezco mucho al comisario Mühlhaus que haya sabido precisar con tanta exactitud la duración de la autopsia. Por lo visto, puede darme órdenes. —La voz se volvió más seria—. He determinado que los cuatro hombres llevan muertos aproximadamente ocho horas. Tienen los ojos perforados y los brazos y las piernas rotos. En algunos puntos de las extremidades pueden apreciarse extravasaciones sanguíneas que corresponden a la forma de una suela de zapato. Esto es todo lo que puedo decir por el momento.

Se volvió hacia su gente.

—Ahora nos los llevamos de aquí.

El doctor Lasarius permaneció callado contemplando a los camilleros que agarraban los cadáveres por los brazos y las piernas y tomaban impulso. Uno detrás de otro, los cuerpos fueron a parar a las angarillas. Entre sus piernas abiertas sobresalían los suspensorios de cuero. Al cabo de un rato se oyeron los golpes secos de los cadáveres al aterrizar en la cubierta de la barcaza. A una orden de Lasarius, los dos alumnos volvieron la cabeza para ahorrarse el macabro espectáculo. El doctor se dirigió hacia el coche, pero se detuvo a medio camino.

—Esto es todo lo que puedo decir por el momento, señores —repetió con voz ronca—. Pero todavía puedo mostrarles algo.

Miró a su alrededor y sacó de entre los matorrales una rama gruesa. La apoyó contra una piedra grande y saltó encima con ambos pies. Se oyó un crujido seco.

—Todo parece indicar que el asesino les ha roto las extremidades de esta manera. —Con un movimiento rápido del pulgar y del índice Lasarius arrojó la colilla del puro entre los endrinos de la orilla del Oder. El puro ensalivado que sus dedos manchados por el contacto con los cadáveres acababan de sacar de la boca se quedó colgado de un arbusto.

Mock volvió a sentir la pelusa en la garganta. Se puso en cuclillas. Al ver sus arcadas, los policías se apartaron asqueados. Nadie le apretó las sienes empapadas de sudor, nadie le presionó el estómago para acelerar la regurgitación. Aquel día el mundo no le sonreía.

*Breslau, lunes, 1 de septiembre de 1919,
a las nueve de la mañana*

Seis policías de paisano se desplazaban en la gran fueraborda que no había conocido el fuego de la guerra y que provenía de los excedentes de la *Wasserpolizei* de Breslau. El cabo Martin Garbe, que pilotaba la lancha, los observaba por debajo de la visera y, en los momentos en que su intermitente conversación lo aburría, contemplaba las orillas pobladas de árboles y salpicada de recios edificios, una imagen que hasta ahora le resultaba desconocida. Aunque llevaba un par de años viviendo en Breslau, hacía solo unas semanas que trabajaba para la policía fluvial, y la perspectiva de la ciudad desde el Oder le pareció fascinante. Por eso se inclinaba a cada instante hacia el oído del policía más cercano, un hombre delgado de facciones semíticas, para asegurarse de que reconocía los lugares que dejaban atrás.

—¿Es el parque zoológico? —preguntó, señalando una muralla alta detrás de la cual se oían los rugidos de las fieras alimentadas con su ración habitual de carne de cordero.

Los márgenes del Oder, cubiertos de tupida vegetación, se desplazaban lentamente. Los escasos pescadores, por regla general ancianos jubilados, regresaban a sus casas con los morrales llenos de percas. Los árboles rebosaban de verdor. La naturaleza se negaba a admitir la inminencia del otoño.

—Es la torre de las aguas, ¿verdad? —susurró, señalando el edificio cuadrado de ladrillo que quedaba atrás por babor. El po-

licía asintió con un gesto de la cabeza y se dirigió al colega de enfrente, que sostenía sobre el regazo un maletín de piel con la inscripción «Pruebas materiales».

—¡Mira qué deprisa vamos, Reinert! Ya te decía yo que por el Oder llegaríamos antes.

—Tú siempre tienes razón, Kleinfeld —gruñó su interlocutor—. Tu mente talmúdica no se equivoca nunca.

El cabo Garbe miró el puente del Emperador, suspendido sobre su telaraña de acero, y aceleró. Hacía calor y todos tenían sueño. Los policías se quedaron callados. Garbe concentró la atención en los remaches del puente y, cuando lo hubieron dejado atrás, en los rostros de los pasajeros. Cuatro de ellos gastaban bigote, uno barba, y el sexto iba bien afeitado. La pipa del barbudo soltaba anillos de humo que se deshilachaban sobre la superficie del agua, mientras su propietario conversaba en voz baja con el rubio bigotudo sentado a su vera. Con sus palabras y sus gestos no dejaban lugar a dudas de que estaban al mando. Unos minúsculos mostachos adornaban también los rostros de Kleinfeld y de Reinert. Un bigote bermejo se erizaba bajo la nariz del policía corpulento y taciturno que ocupaba el asiento contiguo al de un hombre robusto y bien rasurado, de pelo moreno y mirada lánguida. El hombre moreno se inclinaba sin cesar sobre el agua para respirar el vaho húmedo. Luego una tos violenta sacudía sus pulmones, una tos seca y persistente, como si algún cuerpo extraño le irritara la garganta. Apoyando el hombro en la ametralladora que formaba parte del equipamiento de la fueraborda, examinaba el agua con atención. El cabo Garbe se cansó de contemplar a los seis hombres callados y elevó la mirada hacia el armazón del puente de Lessing que estaban a punto de alcanzar. Entre los pilares chorreaba agua u orina de caballo. Garbe maniobró para que ni una sola gota salpicara la lancha. Apenas hubieron dejado atrás el puente, Garbe se dio cuenta de que se estaba perdiendo un fragmento interesante de la conversación.